



Una vida aceptable



MAVIS GALLANT

*Traducción del inglés a cargo de
Miguel Ros González*



IMPEDIMENTA



«Existen muchas formas de ser desdichado, pero solo una de vivir tranquilo: dejar de buscar frenéticamente la felicidad. Si te decides a no ser feliz, no hay motivos para no llevar una vida aceptable.»

EDITH WHARTON, *El último recurso*

I

Montreal, 26 de mayo de 1963

Queridísima hija:

El ejemplar tristemente maltrecho y marchito que me has enviado para que lo identifique es sin duda el *Endymion nutans* o *Endymion non-scriptus*, o *Scilla nutans* o *non-scripta*. También llamado jacinto de los bosques, campanilla de los bosques o jacinto silvestre.

En resumidas cuentas, la campanilla común europea.

En francés se denomina *scille penchée*, *jacinthe-des-bois*, *petite jacinthe* o *jacinthe sauvage*. No sé por qué no habrás podido conseguir esta mínima información de Philippe, aunque me consta que los franceses no saben absolutamente nada de la naturaleza y hacen todo lo posible por convertir sus jardines en salones. Tu padre siempre decía que son incapaces de distinguir entre los árboles y las estatuas, y que cada año se

quedan atónitos cuando, en primavera, ven brotar hojas de todas esas esculturas. Sé que usan la misma palabra para las uvas de Corinto y para las grosellas, ¡por no hablar de las aves!

En alemán es *Hasenblaustern* o *Englische Hyacinthe*. En flamenco, aunque no te sirva de nada saberlo, a menos que te cases por tercera vez, y con un belga, ¡¡¡Dios no lo quiera!!!, es *Bosch Hyacinth*.

A tu padre siempre le hizo mucha gracia lo de *Bosch Hyacinth*, algo que encajaba a la perfección con su sentido del humor, que no todo el mundo conseguía entender. Se enteró mientras trabajaba en inteligencia durante la última guerra (y, por favor, no respondas preguntándome «¿Qué guerra?» porque sabes de sobra qué guerra es). Tu padre tenía en muy poca estima a los flamencos. La otra mitad de los belgas «se habían consagrado a ser franceses en el alma», pero superiores en general. Aún me sorprende recordar que, a pesar de su edad en aquella época, ya iba de uniforme.

¡Claro que nunca habías visto un *Endymion non-scriptus* en Canadá! Supongo que de eso hablabas en tu carta de nueve páginas. No he podido descifrar tu letra, que me recuerda a un alfabeto teutón primitivo. Ninguno de tus matrimonios te ha servido para mejorar la caligrafía. Me responderás que la legibilidad no es el objetivo del matrimonio. De hecho, no sabría decir si en realidad tiene algún objetivo. Tu padre y yo lo hablábamos a menudo. Creíamos que nuestro matrimonio habría sido más llevadero si hubiésemos sido más parecidos; si los dos hubiésemos sido hombres, por ejemplo. Pero no conozco ninguna iglesia o gobierno que, en ese caso, nos hubiera dado su beneplácito. La idea se aborda, desde un punto de vista interesante, en ... *Y otra vez el cosmos*, de B. P. Danzer. Una fotografía de lo más desagradable adorna

la sobrecubierta. «El tribunal no consigue probar la obscenidad» fue, quizá lo recuerdes, la conclusión a la que se llegó tras un largo juicio contra la sobrecubierta (que no contra el libro). Soy de las pocas personas que se lo han leído entero y lo recomiendo. Puedes quitarle la sobrecubierta, o darle la vuelta.

Por aquí *Endymion non-scriptus* no crece de forma natural. Ni ninguna planta parecida. Cualquiera autoridad competente corroboraría mis palabras; digo alguien «competente» de verdad, no el primer polaco que encuentres. Tiene una prima meridional, el *Endymion hispanica* o *Scilla campanulata*, que es más grande y resistente, pero CARECE DE AROMA. Se encuentra en estado silvestre en España, en Portugal y quizá en el suroeste de Francia. No sé si en Marruecos. Puedes buscarlo o preguntarle a Philippe. Cuando se plantan en jardines, se hibridan. La auténtica campanilla silvestre siempre tiene un AROMA exquisito. Además de azules, las hay blancas, y a veces rosas. Les encanta la madera. Casi nunca crecen en espacios abiertos. El nombre *Campanulata* —que es como también se llama a la variedad española— es meramente descriptivo y significa: «como una Campanula». Pero en realidad no tienen NINGUNA RELACIÓN. En realidad, es de la familia de los lirios, ¡como el lirio de los valles (*Convallaria*)!

Por fin me ha llegado una carta de Cat Castle. Europa le está dando una impresión desfavorable. En Roma, un joven ha hecho «una mala imitación» de una película. O eso fue lo que le dije alguien a quien conoció. En Londres también oyó hablar de un director de orquesta que era «deplorablemente malo». Le cuentan que ninguno de los trabajadores de nuestra embajada «sabe escribir sin faltas de ortografía». Ella misma, cuando estuvo en Titograd, vio un par de películas sobre la

pesca esquimal que eran «una vergüenza para el país». Nuestra imagen ha quedado irremediabilmente empañada en Montenegro, «quizá para siempre».

Espero que no sea para tanto, porque el viaje les está costando a sus hijos un dineral.

Tu campanilla solo se encuentra en estado silvestre en las islas británicas, en el norte de Francia y en el norte de Bélgica. ¿En Holanda? Búscala. Cuando tu padre estuvo por allí también vio bosques repletos en el sur de Bélgica.

Ya te imagino poniendo una cara larga al leer tantos antiguos recuerdos y ante la mera mención de la guerra. Pero nada cambiará jamás mi recuerdo de aquel glorioso y soleado día en que Canadá acudió en ayuda de la Madre Patria. Te tenía en mi regazo, al lado de la radio, para que oyese las noticias; y, aunque aún no habías cumplido los tres años, estaba convencida de que la conmoción se quedaría grabada en tu memoria más profunda. Era, soy y siempre seré una pacifista, pero aquella guerra era distinta. Estalló cuando muchísima gente vivía en la calle, sobre todo en Occidente, y salvó a un sinnúmero de personas de la futilidad y del aburrimiento. Tu padre decía que, si lo hubiese pillado más joven, habría cambiado su forma de ver las cosas. No la cuento entre las guerras coloniales, las cruzadas y las guerras libradas por puro beneficio o nerviosismo. Los hombres la disfrutaron particularmente, y a muchos les pareció que terminó demasiado pronto.

En Inglaterra, en nuestra luna de miel, una mañana, tu padre y yo cogimos campanillas para decorar nuestras bicicletas. Aunque murieron en menos de una hora.

No me has dicho dónde encontraste tu ejemplar, pero, como casi nunca crece en espacios abiertos —nunca, que yo sepa, aunque siempre habrá algún polaco que me ponga en

entredicho por una nimiedad—, imagino que fue en un hayedo. La próxima vez que me envíes una flor, colócala entre dos folios limpios y, por favor, que no se te olvide la hoja.

Confío en que mi carta te aclare todo lo que necesitas saber. He contado dos docenas de signos de interrogación y los he interpretado como ansiosas preguntas sobre el *Endymion non-scriptus*. Que yo recuerde, hasta ahora nunca me habías preguntado nada sobre ningún tema; ni siquiera las inocentes preguntas de los niños que a veces tienen sobre su verdadero origen: si son hijos de sus padres o adoptados; si no son en realidad de linaje noble o aristocrático y han ido a parar a su horrorosa familia por error, como parte del proceso de reencarnación; y así sucesivamente. Tú jamás me preguntaste por qué existe el tiempo, ni cuándo empezó, ni si es necesario. O si el Creador solo es una idea, ¿de quién era el intelecto que la concibió? Podría haberte respondido tranquilamente a cualquiera de esas cuestiones.

Tu carta estaba manchada y con borrones. No habías doblado bien el sobre, y el papel era de un tono grisáceo sucio, con manchas verdes de moho por culpa del tallo podrido. Las páginas no encajaban bien en el sobre, y toda la carta es un perfecto ejemplo de mala letra: a menos que te armes de paciencia y aprendas caligrafía, más vale que te olvides de la buena educación y escribas a máquina, como yo ahora. Quiero saber si has llegado a ver a Cat Castle en París. Por favor, respóndeme a esto. Esta semana tiene que pasar unos días allí. Te conoce desde que naciste. No la animes a ponerse inyecciones de estreptomycin. Phyllis, su hija, dice que «debilitan a mamá».

El nombre científico de la campanilla norteamericana es *Mertensia*. No tiene ninguna relación con el *Endymion*.

No llores mientras escribes cartas: quien las recibe podría tomárselo como un reproche. La tristeza indefinida es inútil: sé clara o, aún mejor, sé discreta. Si tienes que contarle al mundo tus intimidades, pon ejemplos. No te limites a sollozar en la almohada con la esperanza de que alguien te oiga.

*Las monjas no se angustian en el dormitorio angosto de su convento,
y los ermitaños se conforman con sus celdas...*

Te obligué a aprendértelo de memoria, pero la memoria nunca ha sido tu fuerte.

He podido descifrar alguna que otra frase suelta. Por supuesto que no te «entiendo». ¿Que si he pedido a alguien que «me entendiese» alguna vez? No puedes «entender» a nadie sin entrometerte en la intimidad de esa persona. Espero que no estés siempre encima del pobre Philippe, torturándolo y fisgoneando para descubrir sus reflexiones más íntimas. Cuantas más cosas tenga que ocultar un hombre, más probable es que se declare «una persona muy reservada», y más vale conformarse con lo que esa afirmación te permita saber de él. Tú siempre echabas la llave en tu habitación y nunca te molesté; el primer diario que te regalé tenía llave y respeté tu intimidad. ¡Y pensar que cuando me quedé embarazada creía que eras un tumor! Pero tú eras tú, ¡y tanto!

Con cariño,
Madre

P.D.: Volviendo a las flores, a la luna de miel y a las bicicletas, aquel fue el año en el que murió Jorge V, que tenía mala

fama por su tacañería, mezquindad y desdén por la cultura, y por ser muy duro con sus hijos, pero que, por lo demás, se parecía a mi padre absolutamente en todo.

El edificio que estaba al otro lado del patio debía de haber desaparecido por obra de alguien que estaba jugando con ladrillos, pues la luz de la mañana, hasta entonces tenue, se coló por el hueco de las cortinas de la habitación, radiante: recorrió una pared, iluminó un espejo enmarcado por fotografías, notas, postales y pósits antiguos, de o para Philippe, y reveló una pequeña araña translúcida, color escarlata, que colgaba de un hilo de seda de lo más resistente. Una luminosidad más suave —que esta vez provenía de la imaginación— envolvió a dos personas de mediana edad que subían en bicicleta por una colina inglesa. En homenaje a la mañana y al esplendor de los nuevos comienzos, portaban una ofrenda de color azul, pero era un azul percedero, que acabó por volverse añil. Los pétalos se pudrieron. El aroma de la flor se alteró, y ahora recordaba al olor de los amantes envejecidos, al del jabón y al de la muerte. Los ciclistas iban vestidos igual, con coloridos suéteres de lana estilo Fair Isle y pantalones bombachos. El

pelo de la mujer, rojizo bajo la luz del sol, suave y sedoso al tacto (aunque eso casi nadie lo sabía), era igual de corto que el del hombre. Era el año del funeral de Jorge V. ¿Quién era? Era la corona, la barba y el perfil de los veinticinco centavos canadienses —en su día, la paga de Shirley—. Una vez, encontró a Jorge V en la playa y, después de limpiar bien la arena de ambas caras, preguntó:

—¿Qué puedo comprarme con esto? ¿Puedo quedármelo?

—No puedes comprarte lo que habrías podido comprar hace diez años —respondió su padre, como si Shirley supiera lo que significaba «hace diez años».

Sus padres, una pareja ya perdida, se adentraban pedaleando en la oscuridad y se volvían más pequeños que la minúscula araña viva. Lo que ella necesitaba esa mañana no era un recuerdo, sino un sustituto inocuo del pasado. Cuando Philippe entrara, le hablaría con esa cordialidad despreocupada que, en su peor versión, era su forma de mostrar indiferencia: «Pero bueno, ¿dónde estabas? ¿Dónde te quedaste anoche? ¿Dormiste en casa de Renata?». O cruzaría la habitación y abriría de golpe las cortinas como si Shirley no existiera, lo que significaría que, en su fuero interno, deseaba que nunca hubiese existido. La premonición de una desgracia imprecisa hizo que su imaginación echara a volar: «Mira, sé que es lo peor que he hecho en mi vida...». No. Espera. Los detalles eran fundamentales: eran los cimientos, lo que sentaría la base para la huida. Esa mañana era domingo de Pentecostés, 2 de junio. Estaba sentada en su habitación con una carta en la mano; aún llevaba la ropa de la noche del sábado, un vestido de raso negro que una malintencionada amiga suya la había incitado a comprar. Encima, una gabardina Burberry a la que le faltaba un botón y de la que colgaba un largo hilo.

En la colcha había un bolso de terciopelo verde, regalo de la hermana de su marido, del que asomaban varios cigarrillos. Acababa de abrirlo de un tirón, buscando ansiosamente sus gafas, y había roto el cierre. En el edificio reinaba un profundo silencio, como si los demás inquilinos, entre ellos Philippe, hubieran salido para ir al mismo funeral. ¿Un resumen o un preámbulo? De repente le pareció extraño y anodino, minucioso y desigual: porque ¿dónde estaba Philippe? «No tiene sentido que me acuses a mí —dijo, con esa indiferencia que sabía adoptar en ausencia de su marido—. ¿Y tú? ¿Dónde te quedaste tú anoche?» La luz que se había dejado encendida, esa mancha marrón chamuscado en la pantalla, significaba que se había vestido y se había marchado antes del amanecer (¿un encargo? ¿una llamada inapelable de su madre?) o que, directamente, no se había acostado.

La habitación estaba en orden; el baño, impecable; pero eso no significaba nada: aunque Philippe tuviese que acudir a toda prisa al lecho de muerte de su madre, por poner un ejemplo, se habría tomado el tiempo necesario para borrar todas sus huellas. El pasado inmediato quedaba así eliminado; el proceso consistía en coger un objeto, un sentimiento o una idea, cogerlos de uno en uno, y buscarles otro sitio. Si el sitio no existe, hay que imaginárselo. Antes de casarse, Shirley jamás se había molestado en hacer la cama: ¿por qué hacer algo que tendrás que deshacer inevitablemente al cabo de unas horas? Siempre llevaba la misma ropa hasta que sus amigas decidían que ya estaba inservible, y entonces se limitaba a donarla. Tenía las sábanas, las toallas y las fundas de almohada limpias apiladas en una silla de la sala de estar, y las usadas las dejaba en un hueco perfecto que había entre la bañera y la pared. Cuando una pila era más alta que la otra,

metía toda la ropa sucia en una maleta enorme e iba en taxi a una tintorería al otro lado de París. Su experiencia con los taxistas parisinos le había enseñado a temer su grosería y sus negativas cortantes, pero ambas quedaban descartadas ante la promesa de un trayecto largo y caro. Era incapaz de entender por qué ese sistema, que funcionaba tan bien y que solo exigía un esfuerzo ocasional, a Philippe le parecía absurdo. El caso es que su marido había puesto punto final a aquello: ahora, los sábados por la mañana, un chiquillo pasaba tirando de una especie de baúl con ruedas para llevarse la ropa sucia y devolverla desgarrada, raída, rígida como la mesa de la cocina y apestando a lejía. Shirley tenía que contar, revisar y comprobar que cada toalla para la cara y cada manopla estaban en la lista. Pero nunca estaba preparada, nunca llegaba a tiempo, nunca disponía del inventario actualizado ni tenía calderilla para la propina. Luego le tocaba desenvolver la ropa blanca limpia —encorsetada en un papel marrón y duro, cerrado con unos alfileres criminales—, ordenarla y colocarla en estantes a los que apenas llegaba, para después tener que bajarla de nuevo: una repetición de gestos que le parecía disparatada, pero que para Philippe constituían, como quien dice, la esencia de la vida.

«Sé prudente —se repetía ella—. Paso a paso, como cuando desenvuelves la colada. Llama a su oficina... No, por Dios, no. Jamás me lo perdonaría. Los domingos no hay centralita, me respondería uno de sus amigos, y luego se diría que... Bueno, es probable que sí que me dijese adónde iba y que se me haya olvidado. Ha dejado una nota. Búscala. No, eso no es: el sobre azul es de nuestro vecino, James Jijalides, al que Philippe odia. Probablemente sea una invitación a una fiesta, que es lo último que él o yo necesitamos ahora

mismo. Mira en el bloc que hay al lado del teléfono, en el marco del espejo del recibidor (un regalo de boda de Renata), en la pizarra de la cocina. Mira encima de su mesa del cuartito... de hecho, mira en los cajones. Si te pillas, límitate a responder: "Solo estaba...". Cuando encuentres la nota en la que te dice de quién es el funeral al que ha ido, prepara un baño y cámbiate. Quítate la ropa del sábado; guárdala para que no la vea y se acuerde de todo el asunto. No dejes el vestido en el suelo: lo pisará a propósito. La cocina: he ahí una pregunta que pide respuesta. Tiene que haber desayunado de pie... ninguna de las sillas está para sentarse. ¿Cuándo dejé los platos sucios encima de las sillas? Ayer. Fardos de periódicos que, en teoría, el Ejército de Salvación tendría que haber pasado a recoger. Pan, una taza medio vacía, un cartón de leche en polvo, que sé que detesta, pero siempre se me olvida comprar del otro tipo. Un cuenco de ensalada y dos trocitos amarillentos de endibia pegados a un tenedor de madera: una prueba de mi nefasta capacidad para gestionar la casa. Sin embargo, yo estoy cómoda en el caos, y él lo sabe, mientras que esa taza que Philippe ha dejado sin lavar parece un desliz moral.»

Un recoveco sin ventana sacado de la sala de estar, probablemente pensado para ser la habitación de un niño, se había convertido en el despacho de Philippe. Lo llamaban «el cuartito» porque el término, vestigio de las novelas inglesas protagonizadas por niños que crecían y estudiaban en Cambridge, le hacía gracia a Shirley; y Philippe, que casi siempre estaba muy serio e ignoraba por qué a su mujer le parecían odiosas y a la vez graciosas tantas cosas, lo aceptó

como el enésimo misterio anglosajón. Pero solo lo aceptó, aunque no era eso lo que ella habría querido, porque venía a significar algo como: «Compartimos una manzana porque ya la he partido por la mitad». Cuando las visitas veían el cuartito, Philippe decía: «Esta es mi mesa, y mi mujer trabaja en esa», sin haberle explicado ni siquiera a Shirley cuál era o podría ser su trabajo. Entre las dos mesas había una estantería que llegaba hasta el techo. Un par de barras de neón parpadeantes zumbaban e iluminaba con su desagradable luz varias pilas de *Le Miroir*; la revista quincenal en la que trabajaba Philippe; tazas grandes llenas de bolígrafos y lápices; dos máquinas de escribir gemelas, cubiertas por unas fundas de plástico confeccionadas por la madre de Philippe; y un póster del Movimiento por la Templanza que Shirley había robado del metro. El póster era un lastre en la habitación; pesaba como una anécdota que cuesta traducir en una fiesta. Pues ¿qué tenía de gracioso un frágil niño que suplicaba: «¡PADRE, NO BEBA! ¡PIENSE EN MÍ!» si te parabas a pensar que Francia contaba con el mayor número de alcohólicos en Europa occidental y de muertes causadas por la bebida? Philippe había escrito una serie de tres artículos sobre el alcoholismo infantil en Normandía que se titulaba «Los hijos del calvados: un grito silencioso». El primero empezaba así: «Era un grito silencioso arrancado del corazón, que rasgaba los cielos, que abrasaba el universo, al que las clases medias hacían oídos sordos», para luego explicar lo que pasaba cuando los biberones de un recién nacido eran mitad leche aguada y mitad aguardiente de sidra.

—¿Me quieres decir dónde está la gracia de la cirrosis, la diabetes, la cardiopatía congénita y el retraso mental? —preguntó él, desplegando el póster.

—¿Que dónde está la gracia? En ningún sitio. No lo sé.

—Entonces, ¿de qué te ríes?

—No me río. ¿Me estoy riendo? Perdona, voy a tirarlo.

—No, déjalo. Me da igual. ¿Cómo lo has sacado del metro?

—Con la lima de uñas de Renata. Estaba con ella.

—¿Ibais borrachas?

—¡Philippe! No. Ha sido en plena tarde.

—¿No ha intentado pararos ningún pasajero?

—Han hecho como que no nos veían. Estábamos muy serias, y Renata me ha dado unas instrucciones muy serias en francés. Ha sido di... Iba a decir «divertidísimo».

—Dos mujeres con edad para votar... —dijo Philippe.

—En Francia no podemos votar.

Philippe tenía la costumbre de dejar que Shirley tuviese la última palabra, que normalmente coincidía con el momento en el que acababa de cambiar de opinión. Lo que implicaba que la última palabra fuese, en realidad, el comienzo de un nuevo tema de conversación. Shirley estaba a punto de decirle que no había votado en su vida y de explicarle las circunstancias que habían motivado aquella falta; de contarle que hubo mujeres que se encadenaron a farolas y a las que tuvieron que alimentar a la fuerza en los psiquiátricos penitenciarios; mujeres con blusas y quevedos que debieron de acabar en el suelo de piedra, aplastados, mientras forcejeaban con los auxiliares intentando evitar esos tubos espantosos que las obligaban a comer de una manera monstruosa: todo por Shirley, que no había votado ni una vez en su vida, ni una sola. La madre de Philippe votaba al general De Gaulle; Philippe, contra él; su hermana votaba, pero no decía a quién: de camino al colegio electoral decidía qué voto quería contrarrestar, si el del hermano o el de la madre. Le daba bastantes vueltas, y

se lo pensaba hasta el último segundo, cuando se dirigía con mano firme a una u otra pila de papeletas. «He cumplido con mi deber electoral», decía la cuñada de Shirley, pero nadie sabía nunca qué voto había contrarrestado. Mientras que ella tenía un poder inmenso, Shirley no tenía ninguno, pues no podía votar en Francia.

Huelga decir que no había ningún mensaje para Shirley encima de la mesa de Philippe. Aquel era su lugar de trabajo, no un depósito de explicaciones. Las cartas urgentes, facturas y proyectos para *Le Miroir* estaban apilados como ladrillos en varias bandejas de plástico, una sobre otra, cada una de un color: azul industrial; amarillo industrial; ese rojo con el que pintan las máquinas para, según se dice, evitar que los trabajadores de las fábricas se duerman; y el verde que, en teoría, los tranquiliza y evita que se autolesionasen. Un cajón de la mesa (¿quién invitó a Shirley a abrirlo? Philippe no) contenía el manuscrito de una novela escrita por una íntima amiga de su marido que se llamaba Geneviève Deschranes, otro (si abres el primer cajón, pruebas también con el segundo) reveló un libro de Mamá Ganso y varios folios amarillos repletos de nanas inglesas.

Philippe había escrito a máquina, en un folio, una de las muchas versiones estrambóticas de *Ganso Gansito*:

Ganso Gansito enbobado
qué intentas casar
escalera arriba, escalera abajo,
qué intentas lograr.

Vergüénzate, Gansito,
te pillamos y no te enteras,

qué cruel pegar a un pobre anciano
y tirarlo por las escaleras.

Justo debajo, en la letra pequeña e inclinada de Philippe, se leía: «Pobre anciano: ¿Churchill? Ganso Gansito: ¿la herencia griega?».

La forma en la que Philippe escribía «embobado», su convicción del significado profético de la nana y, sobre todo, la segunda estrofa, cuya autenticidad Shirley se negaba de plano a aceptar, eran desde hacía mucho tiempo motivo de disputa conyugal. Philippe, como buen francés, tenía la arrogante convicción de que en el resto de idiomas las tildes eran ornamentales y, en el fondo, era irrelevante si se ponían o no; pensaba que la ortografía, como los colores, era una cuestión de gustos. Su fuente no era un diccionario ni su mujer ni su educación y ni siquiera el libro de Mamá Ganso que Shirley le había regalado, rogándole que lo comprobase, sino su amiga, la escritora Geneviève Deschranes. Hacía muchos años, una institutriz inglesa, la señorita Thule, se había encargado de cultivar el intelecto de Geneviève. Era la señorita Thule quien sostenía que *Ganso Gansito* ocultaba una clave universal: la vida, el amor, la política, el arte, la muerte, las explicaciones del pasado y el conocimiento del temible futuro podían leerse entre sus líneas, y en julio de 1947, a los pies de la Fuente Médici, en los Jardines de Luxemburgo, había obligado a Geneviève a repetir la nana hasta que la chiquilla se la aprendió: «Ganso Gansito embobado, qué intentas cazar...». Era casi inevitable que el seseo de la pequeña o su atención fluctuante derivasen en un «qué intentas casar». Pero Philippe se negaba a aceptarlo. Desestimó el comentario de Shirley, «Geneviève lo oyó mal», tachándolo de no concluyente, así como su

insistencia en que, aun cuando la segunda estrofa fuera auténtica, empezaría con un «Avergüénzate», que no «Vergüénzate». Philippe se limitó a responder:

—¿Es que tú aprendiste inglés con la señorita Thule? ¿Con alguna institutriz inglesa?

—Yo no tuve que aprender inglés —dijo Shirley.

Philippe había empezado a indagar sobre el enigma de las nanas en el marco de una investigación que su revista llevaba a cabo entre los bajos fondos formados por adivinos, profetas y demonólogos que habían surgido en París durante la guerra de independencia de Argelia. Aunque la guerra hubiese acabado, la ciudad no se había calmado: las bombas, los panfletos, las amenazas, el chantaje y los juicios vengativos eran una fuente de emoción en declive, y ahora las sensaciones se buscaban en historias de bebés de la realeza intercambiados en sus cunas; monjes medievales reencarnados en científicos atómicos; la vuelta a la Tierra de Jesucristo, que se deslomaba en la central hidroeléctrica del krai de Krasnoiarsk, en Siberia Central; continentes que se hundían como rocas; enjambres de abejas que viajaban a diario entre los planetas de Neptuno y Venus; hijos criados por animales salvajes y que no desarrollaban neurosis; curas para el cáncer bloqueadas por los intereses de los poderosos en Berna y en Washington; chamanismo entre el clero, y masones que dirigían bancos. También la política había pasado a formar parte del reino de la magia. Una vez, Philippe había llevado a Shirley a una reunión en la que se debatió sobre el idioma que hablaba la aristocracia de la desaparecida Atlántida, y en la que alguien intentó demostrar el vínculo entre el nombre de Mao y el maullido de los gatos. Shirley había mirado de refilón a los dos invitados de honor, ambos chinos, y descubrió que no era verdad que

los asiáticos pudieran ocultar sus sentimientos en cualquier situación. Luego, a raíz de un comentario que Philippe había hecho de pasada, supo que Geneviève también había asistido a esa reunión, lo que significaba que Shirley y ella habían estado en la misma sala y él no las había presentado.

Para Philippe, la búsqueda del misterio dentro de las ideas eliminaba determinados problemas de comportamiento, mientras que para Shirley el misterio del comportamiento era el único enigma que valía la pena abordar. Por ejemplo, el enigma del apego que sentía Philippe hacia Geneviève: ¿estaba enamorado de ella? No. Decía admirarla porque toda su vida era un sacrificio, y la compadecía por su valentía desperdiciada de la misma manera que admiraba y compadecía a su madre. Sin embargo, la madre de Philippe era una viuda de cincuenta y cuatro años medio paralítica por la artritis, mientras que Geneviève aún no había cumplido los treinta, estaba casada con un etnólogo en perfecto estado de salud y su situación económica era tan cómoda que nunca había tenido que compartir un baño o esperar el autobús. Aun así, Philippe decía que la fuerza de Geneviève radicaba en su fragilidad y que, aunque era tímida, tenía el corazón intrépido de un mártir paleocristiano. Eso hacía que su mujer anhelase una compasión que él no creía que ella necesitara y una aceptación que él, a todas luces, nunca había tenido motivos para expresar. Shirley acabó lanzándose a una vorágine obsesiva de conjeturas sobre Geneviève. Se imaginaba su tez pálida, sus ojos algo amoratados, su pelo de Botticelli, sus pendientes de plata mexicana, su vagina insólitamente pequeña —atributo al que Geneviève aludía de cuando en cuando en sus cartas, y en el que Shirley veía una señal de refinamiento, como en la falta de apetito— y la voz afinada con la que hablaba.